

estaba en todas partes adoptando en ocasiones un semblante seductor asociado a la mujer, en recuerdo del pecado original inducido al hombre por Eva en el paraíso terrenal.

Otras culturas mantienen ritos idénticos para expulsar del entorno humano al espíritu maligno personificado por el Diablo, Satán o Demonio, que los musulmanes llevan a cabo en la visita a la Meca durante la Fiesta del Sacrificio apedreando al siniestro ser, y algo semejante se hace en ciertos países sudamericanos. Y lo mismo acontece en las religiones hinduistas que en la fiesta del *Dumje* exorcitan las fuerzas del mal con cánticos y alborozos, y en la *Ghanta Karna* o noche del Diablo celebrada con arcos de enramadas. En la zona alpujarreña la matanza del diablo tiene lugar el día de la Cruz y consiste en cortar una ejemplar de lechetezña, planta que se cree venenosa para los animales, arrastrándola por el campo y las calles entre grandes gritos de alegría hasta dejarla destrozada y abandonada en las afueras de la población.

No se olvide que en la religión cristiana el miedo al Diablo fue uno de los rasgos de la mentalidad medieval, muy relacionada con el temor y penas del infierno en el plano de las creencias y en el ámbito privado individual, que registra un historiador de la Iglesia. “El Diablo solía atormentar a las almas más fieles, ensañándose con predominio con las más virtuosas bajo apariencias ya espantosas ya turbadoras; bien como *íncubo*, que violentaba a las vírgenes y procreaba en su seno hijos malditos, bien como *súcubo*, que inducía a la tentación a los hombres consagrados al Señor” (D. Rops 1970: 42). Ideas que corresponden a un tiempo en que el cristianismo impregnó a los hombres medievales en los más mínimos actos de su existencia (Espinar), y la figura del Diablo dio lugar a verdaderas psicosis entre las almas crédulas de la Edad Media, mezclándose con las convicciones más procelosas de la antigüedad y las supersticiones, como residuos de tiempos pasados que se perpetúan y alimentan por las civilizaciones a lo largo del tiempo, hecho que confirma este mismo autor cuando escribe que “...la creencia en los Demonios se unió a las más antiguas tradiciones de magia que la Iglesia no pudo desarraigar nunca” (43). Por este motivo, y ante las dificultades para suprimir este clase de mitos tan habituales en otros tiempos, la Iglesia católica procedió a cristianizarlas haciéndolas suyas colocándolas bajo la advocación de un santo protector cristiano, con la pretensión de cambiar su sentido poniéndola en este caso bajo la protección de San Marcos, cuya fecha se hace coincidir con la antigua fiesta pagana, a cuyo fin la Iglesia declara este día como fiesta de guardar con la categoría litúrgica de fiesta mayor, instituyéndose también nuevos ritos, rogativas y procesiones con recitación de letanías